

Entonces le auscultó el pecho y la espalda, le pulsó, le hizo hacer espiraciones violentas, cerciorándose de que respiraba bien.

—¿ Se hace daño ?

—¡ Un poco, sí señor...

Pepe, disimulando su angustia bajo una expresión de curiosidad, sonreía dulcemente al doctor. Este, indicando al enfermo que podía empezar á vestirse, retiróse á una mesita de mármol, donde empezó á extender recetas. Después, sonriendo, se acercó á los dos hermanos.

—¡ Bueno, mire, tengan, compren esto ! De una medicina blanca que les darán toma dos cucharadas al día, por la mañana y por la tarde. Las píldoras...

Después les preguntó dónde vivían, y al saber que en su habitación no entraba ni aire ni sol, recomendóles que, sin pérdida de momento, se mudasen.

—¡ Miren, no, ó mejor, si tienen ocasión de que el enfermo se marche á un campo, á un campo donde haya pinos, á la sierra... ¡ mejor !
¡ Tiene usted debilidad general, aunque más intensa en el pecho !

Les sonrió y les tendió la mano en despedida. Pero al salir, Pepe que marchaba detrás del poeta, pálido pero con un rostro de alegría por las palabras del doctor, vió cómo éste hacíale un gesto significativo para que volviese. Vaciló unos instantes. Pero al fin, unos pasos más allá, le dijo á Juan.

Hombre, ¡ espera. Juan, se me ha olvidado...

Empujó la puerta y entró de nuevo en la clínica, solo. El doctor, junto á una mesa de operaciones, quemaba con alcohol unas herramientas de níquel. Al verlo, dirigióse hacia él.

—¡ Bueno, mire, usted es hermano del enfermo? ¡ Bien! Pues mire, ¡ no tengo esperanzas ningunas de que se salve; es más, francamente: no tiene remedio. ¡ Es tisis, pero casi en el tercer grado! El pulmón izquierdo no lo tiene ya...

Pepe se tambaleó, como un hombre que ha recibido un mazazo en pleno cráneo... Más pálido que un muerto, con los labios temblequeantes al escuchar la como sentencia de muerte de su Juan, ¡ de su hermano del alma!..., no pudo hablar en largo rato. El doctor, con la bárbara autoridad de su ciencia implacable, siguió dándole cruellísimos detalles.

—¡ Pues bien, sí, mire! ¡ Es un muerto que anda! ¡ Va á sufrir mucho, mucho... si tarda en morirse dos ó tres meses... De modo que... ¡ cuanto antes, mejor!...

Hizo un gesto de pena y le tendió la mano á Noroña. Otros enfermos pálidos, heridos del mismo mal que su hermano, esperaban turno junto á la puerta de la estancia.

Pepe, para salir, tuvo que agarrarse á las paredes. Las lágrimas se agolpaban á sus ojos—unas lágrimas quemantes, abundantísimas, como él no las había conocido ni en sus días de hambre y de orfandad... en sus mayores miserias... Sin embargo, se repuso con un esfuerzo

formidable, porque Juan, seguramente, iba á estudiarle con detenimiento el rostro...

Le vió... al otro extremo del pasillo, blanco, débil, enfundado en su gabán de poeta pobre..., y aún tuvo Pepe fuerzas para sonreír. No obstante, debía de estar él tan pálido, que Juan, con un gesto de temor y casi espanto, preguntóle.

—¡ Oh, nene, ¿qué te ha dicho el doctor?... ¿Qué es lo que tengo?... ¡ Qué palidez... ¡ Si parecés un muerto...

El hermano menor, tuvo una idea salvadora.

—¡ Oh, no, querido... ¡ ¡ Calla, horrible, ahí dentro, un pobre enfermo al que están haciendo una operación... ¡ Me ha repugnado, y creí me iba á caer al suelo... ¡ He entrado por esto...

Mostró una de las recetas, y Juan, con la credulidad del tísico, salió delante de él, hasta andando con presteza. Iba contentísimo. Pepe, á su lado, mostraba también una alegría ruidosa..., mordiéndose los labios para no estallar en sollozos...

Al día siguiente, Pepe pidió y obtuvo en su oficina dos mensualidades adelantadas, y el permiso para ausentarse de la corte quince días. En una carta advirtió á su madre, «que habían pensado que Juan se marchase á Montemor por una temporada, á reponerse, pues no se encontraba bien del todo». Compró las medicinas para su hermano y le puso al régimen recomendado por el doctor: purés de legumbres y caldo de huesos con un poco de vino rancio.

Las tres noches que aún estuvieron en Madrid, las pasó Pepe, hasta las once, llorando en los paseos, «¡ por aquel hermano suyo del alma, sacrificado por la barbarie del mundo miserable...» José estaba plenamente convencido de que su Juan había adquirido la tisis á fuerza de mal cuido, de vivir en aquellos cubiles infectos por los que se arrastraba su miseria desde hacía ocho ó diez años..., empujado por los desengaños y la falta de apoyo de los hombres...

.....

Por el balcón, que nunca se cerraba, entraba el sol todo el día. Se veían las Rondas. Se veían las afueras de Madrid, con sus árboles raquíuticos y sus tristes paseos, con sus fábricas que humeaban... Juan tendido en la meridiana, al sol eternamente, mirábalo todo con una melancolla infinita. Era un muerto. Era una cosa. Impotente para dar dos pasos ya sin apoyarse en su hermano Pepe, en su Nievecicas ó en su madre, lloraba muy á menudo por aquella su juventud estéril é infecunda. ¡ El, llena la frente de tanto ensueño y esperanza !...

En Montemor, donde se trasladaron los dos hermanos en el pasado Octubre, había mejorado, al principio, no poco. Vivió en los pinares de su madre, eternamente tendido en una hamaca que se ataba á dos troncos robustísimos... Pero, á los tres meses, las fiebres aumentaron de una manera aterradora ; los vómitos no permitían al pobre enfermo ni siquiera la alimenta-

ción láctea..., y Juan, con la volubilidad del enfermo incurable, comenzó á pedir que lo trasladasen de nuevo á Madrid. ¡ Oh, sí, á Madrid, á que lo viera Montenegro, Manzano, todos aquellos grandes doctores que curaban á los enfermos incurables...

Su madre, la dulce doña Serafina, estuvo pronta, con su hijo Pepe y Nieveccicas, á cumplir la voluntad absoluta del poeta. La pobre madre sabía, aunque no en toda su bárbara extensión, la importancia del mal de su hijo... Hasta las navidades del pasado año estuvo vendiendo en Montemor sus míseros terrones, para que no le faltara á su Juan ninguna de aquellas caras medicinas que representaban su salud... La viuda era la mujer fuerte, que consolaba á su José escondido á llorar por los corrales de adobes, y mostraba una alegría ruidosa y sana junto á su hijo enfermo..., asegurando á los dos, con palabras de blanco optimismo, la llegada de un día de triunfo, de fama y bienestar para la familia... Nieveccicas, la menor de las hermanas, convertida en una mujer de diez y nueve años y aleccionada por la triste situación de ellos, era, asimismo, un alma fuerte y melancólica á la vez que sostenía el optimismo en sus hermanos. Cecilia, casada desde dos años atrás con un labrador y semi-señorito de La Roda, había contribuído con lo que pudo para ayudar á su pobre madre al traslado del enfermo hasta la corte...

Pero la mejoría, la ansiada mejoría, no se pre-

sentó con la visita de los doctores célebres. Sus cuentas, aunque moderadas en gracia á la posición de doña Serafina, lleváronse casi todos aquellos escasos billetes que la pobre viuda recibiera por los terrones de Montemor, su único patrimonio... A instancia de los médicos, los Noroña se instalaron en una pequeña casita de la Ronda de Valencia, de un solo piso, y por el cual pagaban nueve duros mensuales. Era una casita antigua, que caía casi enfrente de la calle Fray Luis de León, y en cuyas no feas habitaciones entraba el sol todo el día, á raudales, por sus amplios balcones... La dulce doña Serafina, adivinando el mal de su hijo, no se apartaba de su lado ni un instante. Nievécicas, la ayudaba.

Ahora, en estos días de principios de Abril en que estallaron los dos lilaes de un almacén de maderas que había enfrente de su casa, Juan por indicación del médico de una Sociedad á la que estaban adheridos, bajábase desde las diez de la mañana al sol. Eran solares lo que había, con tal cual rara casa. Las acacias y los olmos de los paseos habían florecido con una vida nueva... La misma doña Serafina, Nievécicas ó José trasladaban la meridiana á la calle de Fray Luis de León... Y el pobre poeta permanecía allí horas enteras, mirando al cielo, casi siempre acompañado de su madre ó su hermana y de Pepe, al regresar de la oficina..., mirando con melancolía á las gentes que circulaban, sanas y llenas de fuerza y de vigor...

Eran emociones muy opuestas las que reci-

bía el poeta, ahora, en su forzada inmovilidad y casi siempre abrasado por la calentura. A momentos pensaba que iba á morir, á caer en aquella noche misteriosa de la nada, donde se acaban para siempre los sueños y las realidades, lo bueno y lo malo, lo grande y lo pequeño..., donde todo se confunde en la misma retorta de la Tierra, naciendo y renovándose sin cesar... Miraba entonces las cosas y los hombres con una piedad infinita... ¡tristes cosas y tristes seres que caminaban, sin sentirlo, olvidándose de ello, hacia un fin más ó menos lejano, pero siempre cierto... Los brotes nuevos de los árboles, tan bellos, tan inocentes, tan cándidos, que engalanaban la tierra todas las primaveras..., hablábanle de los soñolientos crepúsculos de otoño y de invierno, en que, estas mismas hojas, yacerían secas y podridas nutriendo con su materia el tronco del árbol de que acababan de desprenderse... ¡ Todo era fugaz y pasajero en esta vida que los hombres defendíamos con tanto tesón, con tanto dolor y tanta pesadumbre, considerándola de un valor incalculable! ¡ Todo! ¡ Unos años... unas cuantas alegrías fugacísimas..., el dulce engaño de un amor, quizá, que nos hacía creer en una vida eterna..., y he aquí la existencia!! ¡ Luego, un pedazo de la materia miserable que nos formaba, se descomponía..., un poco de dolor que cada cual pensaba que haría estremecer al Universo... ¡ y he aquí un ser que rodaba á la inmensidad de la Nada, á la retorta de la Tierra, para transformarse,

quizá, en la próxima primavera, en unas pocas flores que brotarían al borde de su tumba...

La vida humana era, pues, ante el Universo, ante la Naturaleza, lo mismo que una de aquellas hojas que, en el otoño, desprendíanse de los árboles silenciosamente, quietamente...

Pero otras veces, en sus momentos de alta calentura, sus emociones eran muy distintas y marchaban por un cauce de protesta y de rabia contra la Naturaleza y los hombres. ¡ No, no era justo, ni ante el Universo ni ante la justicia de los hombres que muriera él, un hombre lleno de juventud y de vida, que no había cumplido su misión !... Mirábase entonces como el más desgraciado de los mortales, cayendo víctima de su propia grandeza... « ¡ Oh, sí ; él moría porque cometió el gran delito de soñar, de ser bueno, de sentir la belleza y la justicia y el ansia de bien y de paz para todos ! ¡ El había sido un poeta, un soñador... algo que entre la manada de lobos carnívoros que constituían la humanidad, no tenía valor alguno... ¡ Entre los hombres, á lo que veía por su dolorosísima experiencia, era preciso ser abogado, médico, labrador, negociante, algo que no se saliera de la rutina y la vulgaridad de los otros hombres... ¡ para tener derecho á vivir entre ellos y conquistar una posición !... ¡ Los poetas, los pensadores, los filósofos, los hombres de ciencia, los sabios y los santos, los grandes..., ¡ todos aquellos que eran los verdaderos amigos de los hombres !, pasaban por el mundo como algo ajeno á él, despreciados y ol-

vidados, cuando no apedreados y perseguidos por sus semejantes... ¡ En la vida era necesario conquistar á coces y mordiscos, sin escrúpulos de conciencia, una posición... ¡ Robar, matar ! ¡ Los buenos, los altos, los exquisitos, marchaban eternamente solos, recogiendo desengaños y miserias, sin disfrutar los bienes que poseían los otros hombres !... »

Le causaba una melancolía y una pena profundas ver que « todo el mundo vivía y reía !... ¡ El tendero, el panadero, el vinatero, el casero, el cochero y el obrero, vivían felices, cada uno á su modo, sin pensar más allá de su interés egoísta, ni sentir más que sus propios dolores. . ¡ insensibles á la belleza y la grandeza moral que á él le habían amargado la vida !... »

Muchas tardes había visto llegar, en un lindo automóvil torpedo al dueño de la fábrica aquella de maderas que caía frente á su casa. Era gordo, enorme, con una faz de bruto insultante, donde casi brotaba una sangre negruzca de congestión... Llegaba feliz, satisfecho, recibido gorra en mano por el director y el jefe de las oficinas, que le entregaban á menudo enormes fajos de billetes... ¡ Era un hombre ! ¡ Era un bruto, un salvaje como aquel Tadeo animal de Sandofin que recogía, cada año, noventa mil duros de naranjas... ¡ Pero era un hombre ! ¡ Un hombre como había que serlo para llevar una existencia llena de comodidades y alegrías, de satisfacciones y de triunfos : atenerse á los negocios, á la tienda, á la fábrica, al bufete, al al-

macén, al oficio propio!... ¡Nunca, aquellos hombres que constituían el mayor número, habíanse preocupado, como él, de la desigualdad social, del dolor y la miseria de los desposeídos, de la injusticia escrita en los Códigos de todos los países..., ni un ansia de bien y de felicidad para sus semejantes habíase albergado en sus pechos de gorilas de las cavernas... ¡Nunca, los otros hombres, la mayoría de los hombres, habían llorado, como él, ante el cuadro horripilante de una familia sin vestidos, sin hogar, de un semejante famélico y descalzo, implorando una limosna..., ¡¡ ni en sus almas egoístas y rastreas se había albergado, ante la belleza de los campos ó la sencillez de las flores ó la majestad de los crepúsculos ó los colores del cielo, delicadísimas sensaciones de belleza, de dulzura y de éxtasis!... ¡ Nada les decía el murmullo del viento entre los árboles, ni la dulce canción de las aguas del río, ni la florecilla silvestre que estallaba entre la seca argamasa del muro viejo!... ¡ No se deslizaban las lágrimas por sus mejillas á la vista de los brotes nuevos en cada primavera, ni les hablaba con un lenguaje mudo y elocuente la soledad del valle ó el paisaje nevado, ó la simple y amable vida de las bestias!... ¡ En cambio, dedicábanse á elevar y endiosar á semejantes que los degradaban, á emperadores despóticos que los lanzaban á la guerra, á seres malvados que iban elaborando, en cada país, leyes injustas y repletas de arbitrariedades... «¡ Oh, ser poeta, ser soñador, ser grande... ¡¡ en

medio de los hombres !!, ¡¡ qué delito, qué crimen !!... ¡ Salirse de la vulgaridad, salirse de la rutina, ser bueno, preocuparse de la suerte y de la dicha de los otros hombres, ¡ qué atentado !... Se repasaba la Historia y se sentía deseo de morir, al ver cómo los pueblos endiosaban á sus verdugos eternamente, admiraban é inmortalizaban á los que los perseguían, á sus enemigos, á sus déspotas..., al tiempo que crucificaban á un Jesús, que apedreaban á los filósofos y escarnecían á los poetas, á los sabios y á los buenos... ¡ á sus únicos verdaderos amigos !...»

... ..

Se había agravado de tal forma el pobre poeta, en siete días más, que José, hoy, al volver de la oficina, con una horrible congoja de llanto, se decidió, de acuerdo con su madre y con su hermana, á telegrafiar á Amelia y á Cecilia. Juan respiraba con una dificultad enorme, y sólo con el auxilio de ventosas. Su madre, su Nieves, no se apartaban ni un momento de su lado. Pepe, á pretexto de que, por ser cumpleaños de un jefe, les habían dispensado el trabajo de la tarde, no se marchó tampoco. El pobre enfermo, con el espanto de la muerte en los ojos, la faz terrosa y hundida, tenía las manos en el pecho, de donde se le escapaba por momentos la existencia... Su madre, sus dos hermanos, prodigábanle frases de consuelo y de cariño, besándole sin cesar...

Desde cinco días antes había sido imposible levantarse del lecho de dolor. La cama se había

trasladado, por consejo del médico, á esta habitación de dos balcones, por donde entraba el sol todo el día...

Pasó la noche con una eterna angustia de Juan y de su madre y sus hermanos..., que lloraban por los rincones... Pepe sentía aumentarse, por momentos, el cariño y el culto por su Juan, ¡ por su hermano del alma !... ¡ Nadie, nadie, entre su dilatadísima familia, donde se contaban no pocos tíos lejanos ricos, les había tendido, á él, á ellos dos, una mano de piedad, de ayuda !... ¡ El pobre poeta sucumbía antes, incapaz de resistir, con aquella alma delicada, tanta miseria, tanto desengaño, tanta desilusión...

Lo único que había endulzado los lentos y dolorosos meses de su enfermedad, fué la aceptación de no pocas poesías suyas en BLANCO Y NEGRO, en MUNDO GRAFICO y LA ESFERA, en el HERALDO, en algunas revistas también, americanas..., y cuyas poesías le pagaban á cinco y seis y hasta á diez duros. Fué aquello para el pobre poeta el último sarcasmo. ¡ La fama, una pequeña, fama, una pequeña gloria, y una pequeñísima retribución á su trabajo de tantos años... ¡ todo aquello que había constituido el único ideal de toda su existencia, le llegaban cuando encontrábase ya casi en la tumba !... ¡ Estrechó contra su pecho las revistas que insertaban sus composiciones, sus versos, aquello que, en el umbral de la Muerte,

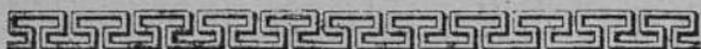
aparecíasele al pobre soñador como la única verdad de su vida...

El mártir, el santo, el poeta, murió á las once de la mañana del día siguiente, rodeado de su madre, que sostenía su cabeza, de su Pepe, que besaba y llenaba de lágrimas sus manos delgadísimas, de su Nieves, arrodillada y llorando á los pies del lecho revuelto... Con los Noroña se encontraban, desde tres ó cuatro días atrás, no pocas primas y parientes de la viuda, gentes de Montemor, que encontrábanse en Madrid colocados, y lloraron también sinceramente al «pobre Juanito»...

Cecilia llegó á las tres de la tarde, reproduciendo, abrazada al cadáver de su hermano, los gritos y los lloros desgarradores...

El marido de Amelia telegrafió diciendo que le era imposible venir, y que «la nena no podía saber la triste noticia hasta algunos días después, pues se encontraba en la cama, todavía enferma del último parto»...





III

Al aparecer en el palco de la presidencia Mercedes, estalló una ovación delirante. En medio del anillo la gente agitaba sus pañuelos, sus sombreros, y todo el circo, puesto en pie, batía palmas frenéticamente á «la simpática morena».

No otro el título. «La simpática morena» la habían denominado dos meses atrás los revisteros, al dar cuenta de la boda de Escolar, y por «la simpática morena» la conocía toda España. Guapa, en verdad. Guapísima. Una de aquellas mujeres andaluzas (de Granada), de blanca tez y cabellos y ojos negros como el ébano. Su mirada, profunda y acariciadora, hacía evocar la mirada de terciopelo de las mujeres de Siria...

Era ella, «la simpática morena», casi la mayor atracción de la corrida de esta tarde. Se inauguraba la temporada—«¡eche usté!»—, con Miuras y «los cuatro ases»: Gallo, Gallito, Escolar y Belmonte. El tercero se presentaba en Madrid, esta tarde, por primera vez después de su rumbosísima boda, que había levantado en entusiasmo á toda la nación. Y el público vino á la plaza deseoso de aplaudir á su ídolo más que en sus *tardes* memorables...

La miraban desde abajo, á «ella», y llovían los comentarios y las flores. —«¡ Qué mujer, chicos! ¡ La daba el Hotel-Palace...»—. Otros, en el centro de algún corro por el que circulaban los gemelos de un amigo, daban detalles de su boda. —«¡ Una *gachí* con mucho aquél, que estaba en Granada en vísperas de boda con un arrogante y joven abogado, pero pobre. Ella, lo era también, con aquella interminable serie de hermanos que se comían al pobre padre—modesto empleado en Hacienda—por los codos. Y en las últimas corridas del otoño pasado, Escolar, que toreaba en Granada, que la vió..., que le gustó mucho..., que la brindó un toro y «la pidió relaciones»..., y... ¡ la niña de mi alma—¡¡ *desprendimiento* !!—, que mandó al abogadillo á freir espárragos y se hizo novia de Rafael. Pero el antiguo novio, enamoradoísimo de ella, al cerciorarse de que «la simpática morena» no le quería, se suicidó...»

Aquel suicidio había envuelto la boda de Escolar en nubes de romanticismo. Circularon por toda España postales con el retrato del antiguo novio de Mercedes—lanzadas por los belmontistas... Y algunos críticos partidarios del «fenómeno» de Triana intentaron explotar el recuerdo del abogado suicida en los días de la ruidosa boda de Rafael.

Sin embargo, España entera había aplaudido á aquella muchacha tan «reladronamente guapa» que en adelante iba á compartir los aplausos y la admiración y la popularidad con el «úni-

co héroe de nuestra Patria»... Miles y miles de aficionados, centenares y centenares de trenes de toda España acudieron á la ciudad de la Alhambra para presenciar el enlace de Rafael. Fueron padrinos, un ex ministro, íntimo y entusiasta incondicional del espada, y Alburquerque. De Madrid acudió lo más florido de la aristocracia, de la política, de las letras y del comercio... ¡ Toda España, á los pocos días, había adquirido las postales que, por millones, se lanzaron al mercado, representando á los nuevos esposos cogidos amorosamente del brazo! «La simpática morena» recibió, en su viaje de novios por la Península, más homenajes y presentes que una emperatriz... La Prensa de la localidad echaba las campanas al vuelo, cuando los «novios», «los simpáticos novios», se dignaban descender en su estación para pasar en el pueblo algunas horas... Dibujantes y caricaturistas de ocasión publicaron miles de modelos de postales, en las que aparecía Rafael con tiara, con mitra, con corona ó con cetro, y al pie de las que aparecían las inscripciones: «¡ San Rafael Escolar, Patrón de España!»... «¡ El Divino Escolar en su trono!», y otras parecidas...

Sino que se vieron los alguacillos por encima del mar de cabezas humanas que invadían el patio de caballos... circuló también la noticia de que habían llegado tres cuadrillas..., y el redondel se despejaba... Seguían las ovaciones delirantes á «la simpática morena», á Escolar, todavía invisible... De algunos tendidos, de vez

en vez los entusiastas arrojaban flores en dirección á la presidencia, y soltaban palomas mensajeras, que llevaban al cuello, en una linda cinta encarnada, el nombre de Rafael y Mercedes...

El entierro, después de atravesar la Glorieta de Atocha, el Paseo del Prado y las calles de la Lealtad y Alfonso XII, desembocó á la plaza de la Independencia. El barullo aquí, de gentes y tranvías y automóviles era tan grande, que el cochero fúnebre se vió precisado á detenerse unos momentos. Omnibus enormes con la *vaca* atestada de gentes que iban gritando, palmoteando y ofreciendo vino en *botas* gigantes, subían como exhalaciones la pendiente de la calle de Alcalá... Lentos coches de punto, en cuyos respaldos las manolas habían colgado sus primorosos mantones de Manila..., automóviles de mil formas y colores llamativos, faetones, victorias, landós..., filas interminables de tranvías que arrastraban ya las jardineras de verano, miles y miles de viandantes... ¡ la Patria entera !, acudía á la plaza de toros... De vez en vez, más veloz, cruzaba un *auto* oficial, y se oía comentar entre la gente que miraba «el desfile»: — «¡ Mira, Romanones !»... «¡ Mira, Dato !... ¡ Sánchez Guerra ! ¡ Ande la gobernación !... Mira la Infanta»...

Pepe, recostado en el fondo del cerrado si-

món, iba llorando con el alma. El sol aquel, los brotes nuevos del Retiro, le parecían un insulto á su pena inmensísima. Miraba ahora, parado, el coche fúnebre que conducía á la inmensidad los restos de su pobre poeta, ¡ de su Juan, de su hermano del alma!... y una congoja profunda, un dolor intensísimo de su corazón y de su pecho y de su cerebro, le ahogaba... ¡ Allí iba él, su compañero de miserias y de ensueños, su maestro, su más que hermano, el hombre superior crucificado por la barbarie de los hombres!... ¡ Allí iba, á rodar á un agujero anónimo de la inmensa Necrópolis de la ciudad infame..., conducido á su última morada con la miseria y la humiddad que en su vida le había acompañado... Los caballos eran viejos, famélicos, llenos de heridas. El coche, antiguo, con la negra pintura caída por mil partes, las ruedas cubiertas de polvo y la cruz que remataba su techo, algo inclinada hacia la izquierda...

¡ Eran nimios, eran superficiales estos detalles del sepelio del pobre soñador... ¡ ¡ pero tenían una tristísima importancia para el menor de los Noroña...! ¡ Su Juan, tan grande, tan excelso, tan superior, había pasado por la tierra sufriendo miseria y privaciones, roto, sucio, melancólico y sin apoyo ni ayuda de nadie!... ¡ Su entierro era el último sarcasmo de aquella existencia de humildad... ¡ con los caballos viejos y cansinos, el coche sucio y el cochero llena de manchas y remiendos su librea...

— ¡ Oye, mira,, Pepe, ¿ no sabes?... ¡ Fíjate

qué entusiasmo !, ¡ toros ! ¡ Hoy se inaugura la temporada en Madrid...—oyó de pronto que le decía este lejano pariente de su madre, portero en la corte y que le acompañaba en el coche.

—¡ Ah, ¿ sí !... ¡ No sabía nada...

—¡ Sí, hombre ; torea Escolar, y Belmonte, y los dos *Gallos*... ¡ La gran corrida !...

—¡ Ah...

Siguió el entierro, sorteando los vehículos veloces que iban hacia la plaza... José llevaba ahora la cabeza baja, con el recuerdo de su hermano en el corazón, dejando caer, lentamente, las lágrimas sobre su pañuelo... Su lejano primo, el joven aquel que le acompañaba, oprimíale de vez en vez una de sus manos, y dábale cariñosas palmadas en los muslos y los hombros, consolándole... Su filosofía sencilla obligaba á José á aceptar algo la fatalidad.

—¡ Vamos, Pepe, hombre, mira, ten fuerza ! ¡ No llores más, después de la noche que has pasado, y la mañana ! ¡ Acuérdate de tu madre y tu hermanica, que tienen necesidad de ti ! ¡ Ya, lo mismo que sufras más ó menos, el pobre Juanito no ha de resucitar ! ¡ Es la ley nuestra ! ¡ Mira, pobres ó ricos, guapos ó feos, tóos tenemos que pasar por el aro ! ¿ No te parece !...

Siguiendo á este simón en que iban Pepe y su primo, venían otros cuatro, con amigos, y, cerrando la triste comitiva, dos jardineras con los parientes y paisanos de Montemor. Los primeros volviéronse desde Manuel Becerra. Las jardineras siguieron hasta el cementerio...

Ya en él, tras el breve responso, siguió el coche fúnebre por una avenida en cuesta. Pepe y sus parientes marchaban detrás. Por entre las tumbas Abril había hecho reventar no pocas flores silvestres...

Junto á un hoyo detúvose el carruaje. Los empleados de largas blusas bajaron el ataúd. Pepe lo miraba con una fijeza estática, insensata, considerando que con él, iban á enterrar para siempre su corazón y el más alto culto de su vida! ¡Su Juan, su hermano del alma, su maestro y su compañero, iba á desaparecer para siempre entre el montón anónimo de muertos de la urbe...

Un empleado solicitó la llave del ataúd. Lo abrieron... ¡y una congoja horrible de llanto salió del pecho de José! ¡Lo vió!... ¡¡y se ahogaba de la pena!... ¡ Estaba aún sin descomponer, pálido, con su hermosa faz de soñador como dormida... Sin obedecer á los empleados y parientes, que le decían era peligroso, se arrodilló y cubrió su rostro frío de besos y de lágrimas...

—¡ Adiós, adiós, mi Juan... ¡¡ hermano mío, querido mío!!... ¡¡ Qué solo y qué amargo me dejas en la tierra...

Hubo que arrancarlo materialmente de allí, casi desvanecido de dolor..., y querían llevarse-lo. Pero se obstinó en permanecer hasta el último momento. Un empleado roció con cal las piernas y el pecho inerte del cadáver.

—¡ ¿Para qué, para qué eso?...

—Para que se descomponga pronto...

Cerraron el ataúd y pasaron unas cuerdas por las asas... Pepe, medio desvanecido otra vez, oyó el sordo ruido de la tierra en la madera... Lo sacaron de allí, sosteniéndolo piadosamente, dos ó tres de aquellos humildes paisanos y parientes de su madre...

.....

Obreros casi todos, y, á causa de no ser fiesta ni domingo, sino Viernes de Dolores, trabajaban, y se le fueron despidiendo por las Ventas, por Ronda, por la Alegría... Pedro, el portero aquel le acompañaba aún, pero José le obligó á que se apeara en la esquina de Torrijos, mostrándose tranquilo. El barullo de la plaza, el eco de las aclamaciones, les perseguía desde que repasaron el arroyo Abroñigal...

Pero... salían...

Salían, porque comenzaban á removerse los carruajes que inundaban Goya, Torrijos, Hermosilla, Alcántara y los alrededores de la plaza... Un clamoreo ensordecedor subía hasta el cielo de la tarde serena...

Comenzaron á cruzar, velocísimos, los primeros automóviles que venían del circo... los primeros tranvías... Pepe, entre la congoja enorme de llanto á que había dado rienda suelta desde que se quedó solo en el coche, veía cruzar los carruajes que venían de la plaza..., las gentes de las aceras... Un aplauso atronador, cerrado, que parecía el rumor de truenos espantosos, recordóle la tarde en que, «¡¡ con su

Juan !!», «¡ con su Juan del alma !», había visto el endiosamiento de Rafael llevado en hombros por todo el pueblo de Madrid, que le aclamaba...

Y era lo mismo, hoy, al parecer, porque, al cruzar el simón la Avenida de la Plaza, una avalancha imponente de público, que gritaba, que aplaudía frenéticamente, le cerró el paso. Pepe pudo distinguir, á poco, á un torero llevado en hombros... «¡ Viva Escolarrrr !... ¡¡ Viva el Divino Escolarrrr ! !...» ¡ Rafael, el antiguo ayudante de herrero !... Luego, cuando hubo pasado un río imponente de miles y miles de gentes que gritaban, ¡ otro torero llevado igualmente en hombros ! «¡ Viva Belmonteeeee !...» Y, luego, otros dos, casi juntos. «¡ Vivan los Gallosss !... ¡¡ Viva Joselito Maravillaaa... ¡¡ Viva el Papaaa ! !...»

Cruzaba, seguía cruzando detrás, en imponente manifestación, el río humano..., gentes de todas clases y condiciones, revueltas en santa y sagrada unión para glorificar á los matadores de toros : obreros, campesinos, estudiantes, gentes bien vestidas que ejercían una carrera, que tenían grandes comercios, y eran asimismo abonados en todas las temporadas, aristóratas que disputábanse el honor de conducir hasta los grandes hoteles, en sus *autos*, á los matadores después de la corrida..., ¡¡ hasta mujeres, que arrojaban por encima de la multitud, en dirección al ídolo, los claveles y las flores que adornaban su pecho... ¡¡ la Patria entera, ebria de

entusiasmo, borracha de sangre, enloquecida por el suplicio de los toros y los caballos, ahíta de mondongos y mierda!!... ¡Era España esto que huía golpeándose hacia la Puerta del Sol, por acercarse á los matadores famosos... ¡Al llegar á sus domicilios, los asaltarían, penetrarían en las habitaciones íntimas de los diestros, y, á coces y mordiscos, si no á puñaladas, disputaríanse las medias y las zapatillas y la faja y los jirones de su camisa, para guardarlos luego, como si fuesen sagradas reliquias!... ¡Mañana, los grandes diarios que circulaban por toda la nación, llevarían hasta los últimos rincones de la Patria en gruesas columnas de sus primeras planas, el loco entusiasmo del pueblo madrileño!!; ¡y se organizarían homenajes á los matadores famosos, y se les levantarían más estatuas, y se les obsequiaría y colmaría de regalos y de felicidad y de oro y de triunfo...

¡Pobre España!

Miraba el inacabable desfile aquel de gentes insensatas, y sus lágrimas abundantísimas eran ahora también, en parte, por la locura de aquel pueblo loco, borracho de entusiasmo, que salía del circo taurino... «Que se le dijera á este pueblo apático que desde hacía ocho ó diez años estaba sosteniendo una guerra de conquista en Marruecos que se llevaba millones y millones de su presupuesto y lo mejor de su juventud...; que se le dijera que sus empresas más prósperas y sus industrias más ricas estaban en manos de los extranjeros...; que se le dijera que su rege-

neración, su prosperidad y su bienestar dependían de que tomase en sus manos los libros modernos, y estudiase la vida de hoy de las grandes naciones..., y se le vería encogerse indiferentemente de hombros, murmurando con aire superior: «¿Y á mí qué me importa?...» Pero que no se dijera á este pueblo que Belmonte *entraba* mejor que Escolar, ó viceversa..., porque entonces, la nación entera se levantaría como un solo hombre, se iniciarían interminables discusiones de Prensa, habría duelos y hasta motines... y desde las ciudades populosas llegaría hasta nuestros campos sedientos ó arrastrados por las avenidas de las ramblas, el eco de la «sagrada indignación» de *los dos partidos tau-rinos*... ¡¡ Oh, santa simplicitas!!...»

Seguía, seguía siempre—interminable—, el río humano de entusiastas, aclamando á los toreros... Pepe pensaba en su pobre hermano, caído sin que nadie se fijase en su grandeza, solo, abandonado por todos..., por aquellos hombres que endiosaban y endiosarían eternamente al que los degradaba, al que los embrutecía, al que llevábalos hacia el mal y la ignorancia y la miseria..., ¡¡ mientras crucificaba á los grandes, á los santos, á los sabios y á los pensadores, los únicos que verdaderamente le amaban y combatían por su felicidad y por su bienestar!... ¡¡ Qué sarcasmo!

El cochero, impaciente, se volvió.

—¿Quié usted que tomemos por una caye d'éstas?

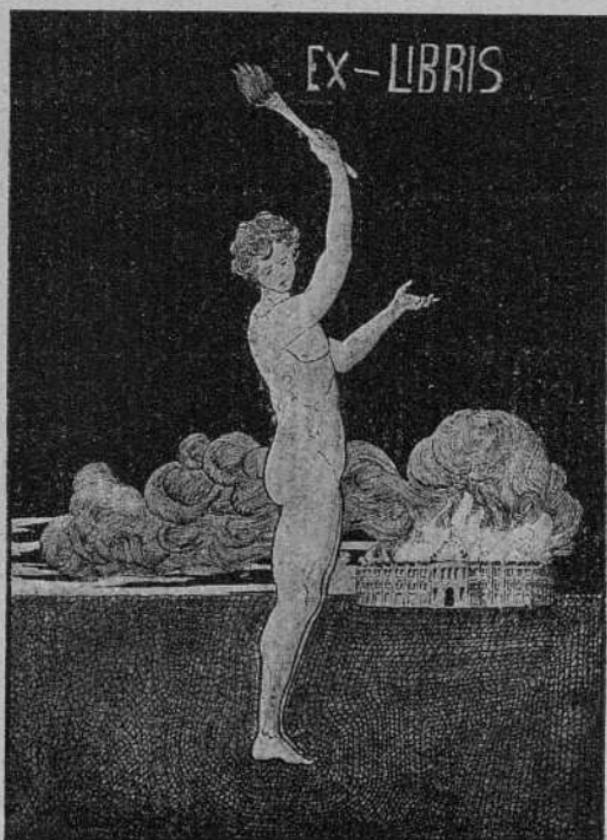
—¡ Bueno !

Volvieron un poco y ganaron Ayala.

Por encima de las altas casas llegaba el estrépito de los aplausos y las aclamaciones...

Pepe, con una angustia infinita, sentía, sobre sus manos, la quemadura de las lágrimas...

Madrid, Mayo-Junio 1915.



BIBLIOTECA MUSEO

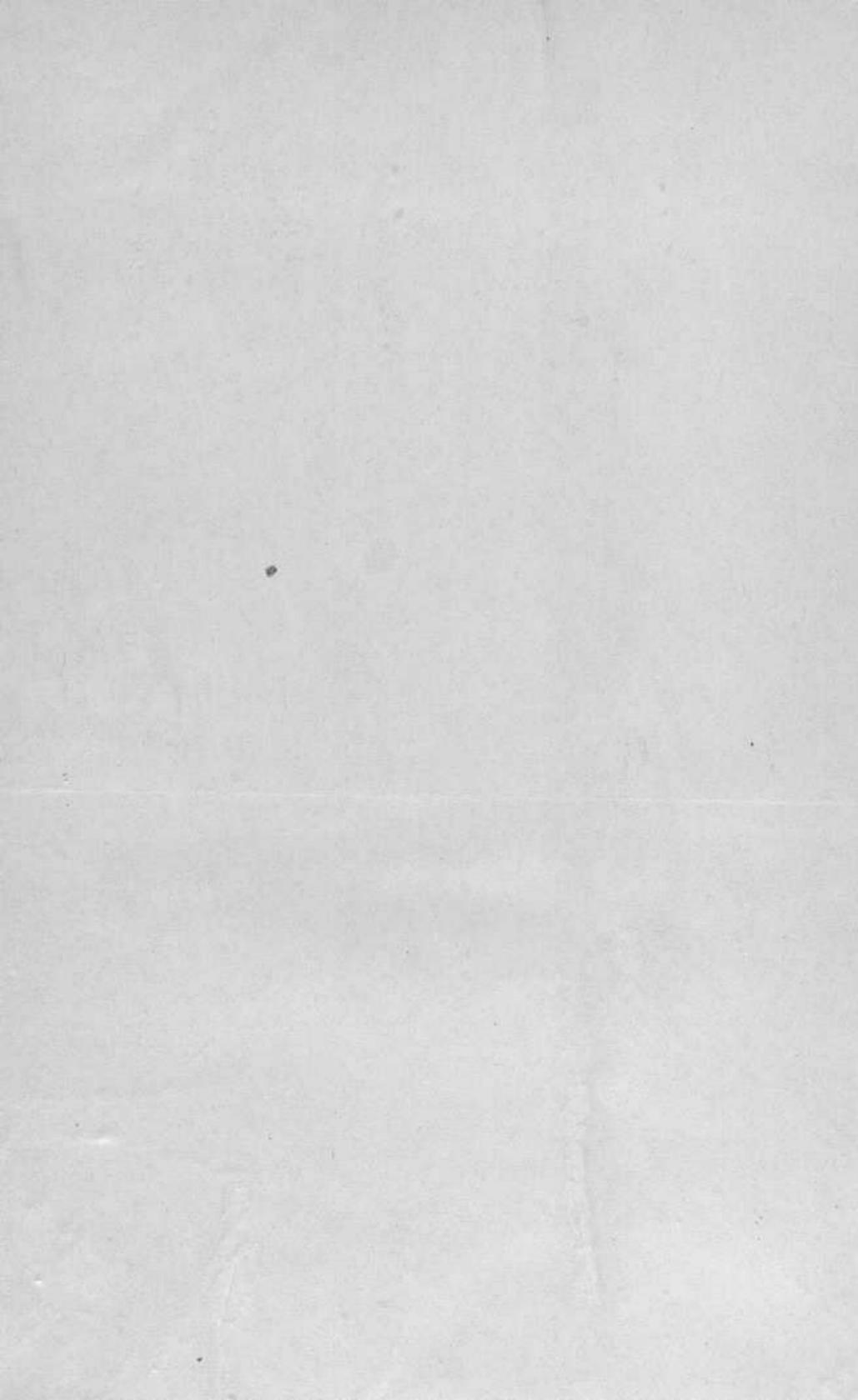
SOCIEDAD ANONIMA EDITORIAL

Lope de Vega, 55 al 61, Madrid

NOVELA.--POESIA.--TEATRO

FILOSOFIA.-SOCIOLOGIA.-CRITICA

La BIBLIOTECA MUSEO tiene en preparación, para publicarlas en breve, obras originales é inéditas de Alvarez-Quintero, Luis Araquistain, Manuel Bueno, Cristóbal de Castro, José Francés, Juan Guardiola, Antonio Guardiola, Waldo A. Insúa, Pedro Jara Carrillo, Eugenio Noel, Condesa de Pardo Bazán, Diego San José, Felipe Trigo, Eduardo Zamacois y Antonio Zozaya. Además está en negociaciones con otros prestigiosos novelistas, poetas, autores dramáticos, cronistas, etc., etc., para adquirir obras originales é inéditas de los mismos.

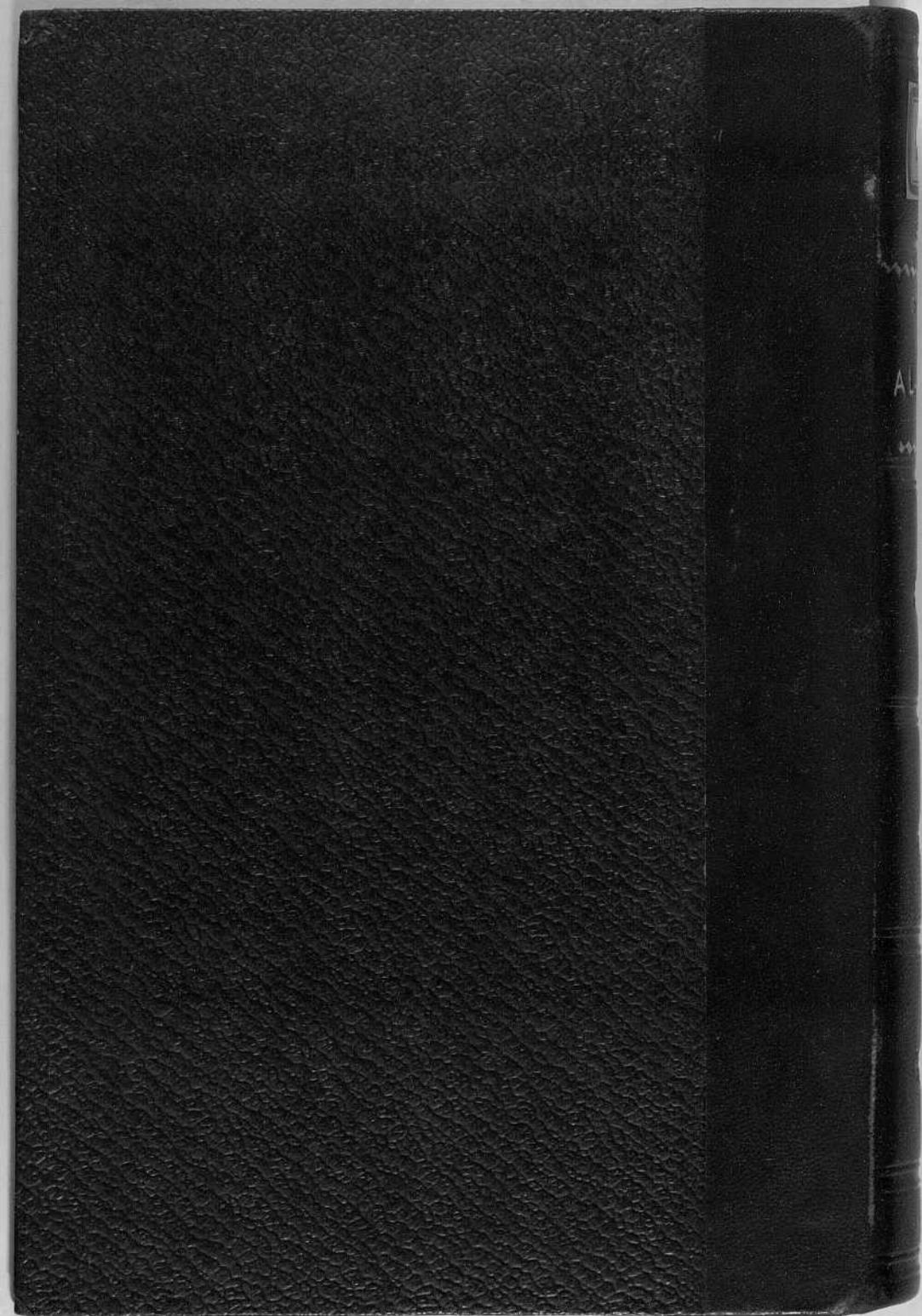


MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número.	543	Precio de la obra.....
Estante.	2	Precio de adquisición..
Tabla...	5	Valoración actual.....
		Número de tomos.





GUARDIOLA

A LA PLAZA